

Valle-Inclán en Valencia (1911)

Para Silvia Pratdesaba, Manuel Borrás y Manuel Ramírez

¿Quién reconoce hoy al Ramón María del Valle-Inclán cristiano y jaimista de 1911? Hace falta un gran esfuerzo de memoria para situarle en ese horizonte lejano y aceptar, como verosímil, el perfil tradicionalista que ofreció en conferencias y entrevistas como las que reproduzco en estas páginas. Con el paso de los años, esta imagen se ha ido olvidando, desplazada por otra —la «esperpéntica»— que durante un tiempo, y para una generación, pareció ser la única. Pero en su día, el don Ramón carlista cada vez más aburguesado, fue bien acogido por miles de lectores aficionados a sus novelas y por otros tantos espectadores que acudían al teatro a ver *Voces de gesta*, si bien había quienes no se dejaron convencer por diversas razones, como luego veremos.

En 1911 Valle-Inclán había publicado nueve novelas (tres de ellas —las más recientes— en la serie que subtuló *La guerra carlista*), seis obras de teatro (cinco de ellas estrenadas), ocho colecciones de relatos cortos, un libro de versos y numerosos artículos en periódicos y revistas. Poseía una obra lo suficientemente considerable como para contemplar su reedición en una serie de «Obras Completas» —la bella edición de *Opera Omnia* se editó poco después, en 1913¹— y tan madura como para plantear una reflexión sobre sus claves estéticas, en ensayos que al cabo de un año aparecerían en *Los Lunes de El Imparcial* y que luego formarían el grueso de *La lámpara maravillosa*. Con 45 años cumplidos, Valle-Inclán había alcanzado una evidente madurez como escritor, la que le daba cierta autoridad en el mundo de las letras². Aunque no estaba tan considerado como Benavente o Blasco Ibáñez, sí gozaba de fama, sobre todo de estilista, que venía reflejándose en la venta cada vez más acusada de sus libros. Sus novelas de *La guerra carlista* se vendían especialmente bien a juzgar por las cuatro ediciones de *Los Cruzados de la Causa* en 1908, las siete de *El Resplandor de la Hoguera* de 1909 y las cuatro de *Gerifaltes de Antaño* de ese mismo año³. A la vez, el éxito de *Voces de gesta* en Barcelona⁴, y la incorporación de esta obra al repertorio de la primera actriz de España,

¹ Según el catálogo de la Exposición Bibliográfica Valle-Inclán, preparada por Antonio Odriozola para la exposición de Vigo (24 a 30 de julio de 1967), Cofre de sándalo, al aparecer en 1909, ya se anunciaba como «Obras Completas. Vol. I» (pág. 4).

² Ver, por ejemplo, el juicio elogioso de Rubén Darío, «Algunas notas sobre Valle-Inclán», publicado en *La Revista Moderna de México*, XII, 6 (agosto 1909), luego recogido en *Todo al vuelo*, Madrid, Mundo Latino, 1912, págs. 55-67. En este recorrido por la obra del escritor gallego, Rubén llega hasta la serie de *La guerra carlista* cuya novedad consiste —dice— en estar rigurosamente documentada y presentar la «epopeya» como «una campaña de ideal de que no se han dado cuenta aquí» (pág. 62).

³ Margarita Santos Zas, *Tradicionalismo y literatura en Valle-Inclán (1889-1910)*, Boulder, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993, págs. 218-223. Añota esta investigadora que la primera novela carlista tuvo una segunda edición en 1909 y que ese mismo año hubo dos ediciones de la segunda novela del ciclo.

⁴ Ver «Una estancia de Valle-Inclán en Barcelona» de A. Ramoneda Salas en *Revista de Literatura*, 102 (1989), págs. 501-506.

María Guerrero, señalaban que comenzaba a abrirse camino también en el teatro comercial⁵. Como recuerda Fernández Almagro, en 1911 Valle-Inclán vivía en un amplio piso de la calle de Santa Engracia, rodeado de comodidades desconocidas en sus años de «rodar por casas de huéspedes»⁶. Eran los años en que hablaba bien de Benavente, Eduardo Marquina y María Guerrero y militaba en el carlismo, defendiendo los derechos de don Jaime de Borbón. Eran los años, en fin, en que comenzaba a disfrutar las mieles del éxito.

Ya en febrero de 1909, Eduardo Gómez de Baquero había dudado de que el tradicionalismo evidente en las novelas de *La guerra carlista* fuera algo más que «un tema estético»⁷, y poco después Jacinto Benavente advirtió desde las páginas de *El Imparcial* que el «espíritu de artista» de su amigo no permitía «vulgares filiaciones de partido político, ni siquiera de escuela literaria»⁸. Sin embargo, las declaraciones del propio Valle-Inclán, en periódicos de clara filiación carlista, y sus conferencias ante grupos legitimistas en Buenos Aires, Valencia, Zaragoza, Bilbao y Barcelona pronto iban a contradecir semejante juicio⁹. Por otra parte, ¿cómo hemos de entender,

⁵ Acostumbrados a la idea de un Valle-Inclán que despreciaba la escena viva, nos cuesta recordar que en 1911 y 1912 vivía noches de verdadero triunfo en los estrenos de *Voces de gesta* y *La marquesa Rosalinda*, que viajaba con la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, y que era considerado a la altura de otros autores de éxito comercial como, por ejemplo, Eduardo Marquina:

«Forma Valle-Inclán —se lee en *El Correo de Valencia*— en la sobradamente pequeña hueste de los que nunca mancharon su pluma, por dar gusto al populacho, descendiendo al arroyo para coger su fango. Poeta por amor al ideal, novelista que se refugia en la prosa para su deleite y el nuestro, se sostuvo siempre en la noble región del arte por el arte.

Valle-Inclán, con Marquina, es lo más noble y más

recio de nuestro mundo literario. Son dos hombres que sostienen una generación decadente, enferma de la médula, que no tiene un arranque viril» (29-V-1911, pág. 1).

⁶ Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, pág. 117.

⁷ E. Gómez de Baquero, «Crónica Literaria. La guerra carlista: Los cruzados de la causa, novela por D. Ramón del Valle Inclán», *La España Moderna*, año 21, núm. 242 (febrero 1909), pág. 158.

⁸ Jacinto Benavente, «De Sobremesa», *Los Lunes de El Imparcial*, 31 de mayo de 1909. Muy parecida era la opinión de José López Pinillos («Parmeno») quien, en «Comentarios Breves. Valle-Inclán, candidato» afirmó que el escritor gallego «entró en el carlismo, riéndose en el fondo de los carlistas, por no marchar al la-

do de los profesionales de la libertad» (*Heraldo de Madrid*, 5-II-1910).

⁹ Una nota publicada en *El Legitimista Español. Periódico Tradicionalista de Buenos Aires* (Año XIII, núm. 154, 20-V-1910, pág. 5), tal vez por su director, Francisco de P. Oller, indica cómo fue recibido el escritor gallego por los carlistas de ultramar al asistir a los festejos del Centenario de 1910.

«Valle-Inclán
Está entre nosotros.

Su nombre es un símbolo.
Es todo un programa.

En él vemos la más simpática y legítima representación de la España tradicional y literaria.

Porque Valle-Inclán, no es solamente un escritor de grandes vuelos, de impecable estilo y de envidiables arranques, sino que encierra en sí lo que vale más que todo eso: una convicción profunda y perfectamen-

te arraigada; un amor sin límites a nuestra causa y a los ideales que sustentamos, y el raro valor de sus convicciones; porque Valle-Inclán es carlista, y se gloria de serlo; hace en sus obras propaganda buena y sana, y en sus conversaciones da a las cosas su nombre y a las personas su tratamiento. A la Bandera la califica de legitimista, y a Jaime III le llama hoy Rey, como ayer tuvo por tal a Carlos VII.

Conocido es de nuestros lectores el autor de 'Los Cruzados de la Causa'.

Sería, pues, excusable mayor presentación.

Pero, aun cuando las comparaciones puedan, a veces, parecer odiosas, entendemos que no lo han de ser en el presente caso.

Y es por esto que a los nombres de Pérez Galdós y de Blasco Ibáñez, fabricantes de libros y propagandistas

en el ambiente español de 1911, el significado que Valle-Inclán daba a la *España tradicional*, un concepto que desbordaba los códigos puramente políticos del momento? Las muchas respuestas a esta pregunta, sintetizadas por Margarita Santos Zas¹⁰, apuntan a una confluencia de preocupaciones éticas y estéticas de muy variada valoración. Tal vez su paso por Valencia en 1911 arroje alguna luz sobre la coherencia, y posterior abandono, de su ideología tradicionalista.

Lo cierto es que Valle-Inclán dio dos conferencias en Valencia en 1911, no una como antes se suponía¹¹. La primera versó sobre un tema claramente estético, «Concepto de la vida y del arte», mientras que la segunda abordó el tema «La España tradicional» en tal contexto —el Círculo Legitimista de Valencia— que no podía menos que significar políticamente al escritor. La práctica de alternar conferencias sobre arte y política no era nueva —la había ensayado en Buenos Aires el año anterior— y tal vez sea el indicio más claro de que existía una estrecha relación entre ambos temas. ¿No es sugestiva la coincidencia entre su teoría de la *intemporalidad* en el arte y la evocación de una *España eterna*, resuelta a perpetuar su nombre en una idea moral? Bien puede ser que la historia de España le proporcionara a Valle-Inclán un marco donde plantearse algunas de las cuestiones estéticas que iba meditando. O tal vez recurriera al arte en busca de respuestas para preguntas provocadas por la historia —y la actualidad— política de su país.

El escritor gallego llegó a Valencia a finales de mayo con la compañía teatral de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, en la que actuaba su mujer, Josefina Blanco. Los directores de la compañía pensaban estrenar *Voces de gesta* en el Teatro Principal de Valencia, pero, como explicó el autor en la entrevista recuperada aquí, tuvieron que aplazar el estreno hasta llegar a Barcelona¹². Publicada en *La Voz de Valencia*, el 28 de mayo de 1911, dicha entrevista situaba a Valle-Inclán en una línea ideológica que daba prioridad a la tradición y al cristianismo. Según Valle, la tragedia a punto de estrenarse recogía «todos los latidos y aspiraciones de la tradición y de la raza española» y simbolizaba, mediante su acción, «lo eterno de la humanidad, lo que no cambia», palabras que anunciaron el tema de la conferencia que daría en el Círculo de Bellas Artes el día siguiente. Destaca la afirmación de que *Voces de gesta* no tiene «época determinada» sino que recoge sugerencias a la vez remotas —la historia bíblica de Judith, el rapto mitológico de las Sabinas— y próximas, las últimas guerras civiles españolas.

En su conferencia pronunciada el 30 de mayo en el Círculo de Bellas Artes, Valle abordó la relación entre el arte y el tiempo, afirmando que

de sus obras y de sus tendencias por lo que ellas les producen, queremos oponer los de Pereda y de Valle-Inclán, autores de otras de sana tesis y heraldos de la buena doctrina, sin tener en vista el resultado financiero, sino lo bueno y noble de la propaganda.

Nuestro saludo al amigo, al compañero, al correligionario ilustre, y que Dios sea con él pródigo en bienes materiales, como lo ha sido al dotarlo de gran talento y de criterio sano.»

¹⁰ Margarita Santos Zas, «El carlismo de Valle-Inclán: Balance crítico», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, XII, 3 (1987), págs. 337-368.

¹¹ John Lyon, en *The theatre of Valle-Inclán*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pág. 55, fue el primero en citar la conferencia dada en el Círculo de Bellas Artes, cuya síntesis apareció en *El Mercantil Valenciano* el 31 de mayo de 1911.

¹² El repertorio de la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza incluía, entre otras, las siguientes obras puestas en escena en Valencia durante los quince días de su actuación en el Teatro Principal: Doña María la brava, En Flandes se ha puesto el sol y La alcaldesa de Pastrana (episodio de la vida de Santa Teresa de Jesús) de Eduardo Marquina; Amores y amoríos, La flor de la vida y Rosa y Rosita de los hermanos Álvarez Quintero; El palacio triste y Primavera en otoño de Gregorio Martínez Sierra; La raza de Manuel Linares Rivas; El estigma de José Echegaray y

aquél aspiraba a una visión inmutable y por tanto desligada del paso de las horas. La obra de arte bien lograda —decía— consigue parar el tiempo, perpetuándose en la medida en que capta y fija algo eterno en la actualidad. Los mecanismos que permiten evadirse así del tiempo son la memoria y la evocación. Asimismo, el tema que más nos aproxima a la quietud absoluta —divina— es la muerte. Para concretar estas ideas, luego desarrolladas en *La lámpara maravillosa*, el escritor se refirió a pintores (Leonardo da Vinci, el Greco, Sorolla) que su público debía conocer. Como síntesis de los conceptos estéticos que guiaron al escritor en 1911, la conferencia no tiene desperdicio.

El último día de mayo Valle-Inclán pronunció una segunda conferencia, ante un público más restringido, los socios del Círculo Legitimista de Valencia. Sólo *El Correo*, periódico afín a la causa carlista, dio cuenta de ella. No ha de sorprendernos la aparición en esta conferencia de conceptos ya elaborados en Buenos Aires —el impulso ético de España, la negación del talante guerrero del español, etc.— cuyos ecos se oirían años más tarde, proclamada la Segunda República¹³.

La insistencia de López Pinillos en excusar el carlismo de Valle-Inclán como una protesta ante «los profesionales de la libertad» llevó a *Parmeno* a asociarlo con otro grupo de disidentes, ya en el extremo contrario, es decir, los anarquistas: «Valle-Inclán, correligionario de Feliu, es también correligionario de Kropotkine y conmitón de otros honradísimos señores de la cáscara amarga» (*Heraldo de Madrid*, 5-II-1910). Fuera como fuere la alianza así establecida entre grupos de disidentes, no cabía duda de la distancia entre el escritor gallego y los grupos republicanos de principios de siglo. De ahí, tal vez, la exagerada reacción a su estancia en Valencia, encontrada en las páginas de *El Pueblo*, periódico fundado y dirigido por Blasco Ibáñez. Se trata de un artículo, más bien diatriba, «Efímera. D. Ramón del Valle-Inclán», publicado a finales de marzo de 1912. Firmado con pseudónimo, el artículo venía a ser una respuesta, desde las filas republicanas, al jaimismo valleinclaniano, caracterizado, con malicia, como «humorada» para llamar la atención cuando no un truco para vender más libros: «Y D. Ramón del Valle-Inclán, que buscó en el carlismo mercado a sus obras [...]»¹⁴. Cuatro meses antes, el escritor gallego había declarado a

El tanto por ciento de López de Ayala. Se trataba, como se ve, de una oferta de reconocidos autores de éxito, entre quienes, evidentemente, Valle-Inclán ambicionaba figurar en ese momento.

¹³ Ver la síntesis de la

quinta conferencia dada en Buenos Aires («La España antigua») en Aurelia C. Garat, «Valle-Inclán en la Argentina», Ramón M. del Valle-Inclán. 1866-1966. (Estudios reunidos en conmemoración del centenario), *La Plata*,

Universidad Nacional de La Plata, 1967, págs. 110-111; y el resumen de su conferencia en San Sebastián aparecido en *La Voz de Guipúzcoa* el 20-II-1935, recogido en mi estudio, *Un Valle-Inclán olvidado: Entrevistas*

y conferencia, *Madrid, Fundamentos*, 1983, págs. 273-274.

¹⁴ Aparte de la mala intención, está claro que ser carlista no perjudicaba a Valle-Inclán a la hora de estrenar sus obras dramáticas con